

La Guerra Civil Española
de Annual a la República

CONFERENCIA PRONUNCIADA POR PRUDENCIO SAYAGUES MORRONDO EN EL INSTITUTO DE
CULTURA HISPANICA EL MARTES 21 DE ABRIL 1970
San José, Costa Rica

Deseo expresar, en obligada introducción de reconocimiento, gratitud a la Junta Directiva del Instituto de Cultura Hispánica por haber designado mi nombre y persona para tomar parte, como charlista, no como conferencista, en un cursillo de tan apasionante y controvertible tema como el que representa comentar, con obligada objetividad, el problema español, arrancando de los antecedentes históricos que culminaron con el advenimiento de la República Española en un luminoso 14 de abril, 1931, hasta su despiadado final en 1939.

Para quien como yo, he sido y soy republicano español, he sido combatiente en armas a favor de la legitimidad de la causa republicana con fervor, entusiasmo y mística inquebrantable y que mantengo línea de oposición al régimen autocrático que agobia a mi natal España, representa difícil hablar, en amistoso monólogo mas que charla, de algo que en gran parte viví y sufrí, como millones de españoles, con la esperanza, aún viva, de un mañana mejor para la tierra donde vi la luz primera.

No es tarea fácil desvestirse totalmente del ayer; no es tarea fácil olvidar, aunque haya perdonado; no es tarea fácil recordar a familiares y amigos en forma cruel y sádica, cuando no en el campo de batalla. Sin embargo, el haber aceptado la invitación que me coloca ante ustedes, me obliga, no por cortesía sino por convencimiento, a ser todo lo veraz, justo y en cuanto sea posible, imparcial, porque el curso que se inicia es de historia y ella no admite ni el desenfreno de la pasión, ni el juicio meloso de la falsedad. No oculto, pues hacerlo sería insinceridad hacia mí mismo, que salí de España en 1939 con amargura de derrota y con rencor hacia quienes, por la fuerza de las armas en coaligada acción de ejércitos extranjeros, había destrozado no solo las esperanzas de una generación, sino el futuro de las venideras.

Y llegué a tierras de América después de padecer los ominosos campos de concentración de la patria de la Legalidad, la Igualdad y la Fraternidad, con el simple bagajé de mis esperanzas y mi saber, todo aquello envuelto en el ropaje de ese rencor que, al correr de los años, ha ido menguando, no por aceptación del hoy, sino por la comprensión de que en la historia hay ciclos y el de ahora tiene su natural y limitada duración.

Va a hablarles, pues, un excombatiente republicano, militar y universitario, singular y antagónica combinación, desprovisto de rencores y con la firme decisión de la imparcialidad porque ese es mi concepto de la historia y mi posición de hoy; un republicano que sin perder su fe en la democracia, en permanente lucha contra la autocracia, quiere expresar, en voz alta lo que piensa de ayer un español de nacimiento y tico, lo digo con orgullo, de corazón y esperanzas. Además acepté mi participación, porque en ello no hipoteco mi conciencia. Abandonemos el preámbulo para entrar en la antesala de los hechos, no sin antes hacer la presentación de mis actividades en el campo de actuación en la política española.

Como estudiante formé parte de las organizaciones liberales que culminaron en el gran movimiento escolar de la Federación Universitaria Escolar (FUE) que tanto contribuyó a derrotar el régimen de dictadura paternalista del General Primo de Rivera primero y la monarquía después.

Mas tarde las FUE de toda España constituyeron la Unión Federal de Estudiantes Hispanos, que dio su vigoroso apoyo al régimen republicano. De ambas organizaciones fue Presidente. Frente a nuestro movimiento esta la Confederación Nacional de Estudiantes Católicos, también vigoroso y fuerte económicamente.

Ambas organizaciones éramos antagónicas en programas, principios y actuación. Al frente de los estudiantes católicos se encontraban elementos de gran valor como Fernando Martín-Sanchez, Fernando Casteilla, y Martein Artajo. A los dos primeros respeté siempre como contrincantes leales y de ambos fui amigo, especialmente de Martín Sanchez.

En el orden político fui Presidente Nacional de la Juventud de Izquierda Republicana, partido cuyo jefe era D. Manuel Azaña. Formé parte del Consejo Nacional del partido y de su Comité Político. Sufrí prisión en diversas ocasiones durante la dictadura castrense de Primo de Rivera y aún durante el bien negro Leroux-Gil Robles, ya dentro del régimen republicano.

Al iniciarse la Guerra Civil se me designó Presidente Nacional de las Juventudes de todos los partidos políticos, cargo que abandoné por orden del entonces Ministro de la Guerra, Francisco Largo Caballero que prohibió a los militares actuar en funciones públicas, al menos a los que solo éramos republicanos.

He sido pues político activo, con alguna experiencia y algún conocimiento que me permitirá emitir juicios, muy personales, sobre lo que creo y ví que ocurrió en España en el período previo a la guerra, es decir hasta 1936, así como lo que después se desarrollo a partir de esa fecha, sus entretelones y al final la tragedia nacional que culminó en 1939.

Si ahondamos en los antecedentes de los orígenes del anti monarquismo español, precursores de la etapa republicana, tenemos que remontarnos al 1921, triste fecha en los anales de la militarada española, cuando el General Silvestre, subordinado del Alto Comisionado de España en Marruecos,

General Dámaso Berenguer y el que tenía a su mando la División de Melilla, decidió actuar por cuenta propia en una desorbitada y ambiciosa operación militar, conocida y aprobada por el Rey Alfonso XIII, aunque con evidente desconocimiento del General Berenguer.

Esta operación militar fue un desastre que tuvo el tétrico balance, según algunos, de 23.000 bajas, heridos y prisioneros de nuestro ejército regular de la guarnición en Melilla (21 de julio 1921). Esta derrota levantó la moral marroquí e hizo de Abde-el-Krim, ex-cabo de artillería de las fuerzas regulares de Marruecos y desertor de nuestro ejército, un caudillo. El general Silvestre en un gesto de dignidad se suicidó. Esta campaña militar obligó a España a poner en pie de guerra un ejército de 140.000 hombres e hizo que simultáneamente, se iniciase el expediente de responsabilidades sobre los hechos. D. Antonio Maura, jefe del partido conservador, Presidente del Gobierno, tuvo que confrontar el giro peligroso y desagradable originado por la intervención de las Juntas Militares, especie de sindicato para la defensa de la casta militar, que se colocó en actitud de rebeldía tolerada y aún inspirada, por el Ministro de la Guerra Sr. Juan de la Cierva.

Fue entonces cuando se encargó al General Picasso, como juez especial, la investigación correspondiente; su informe tuvo un gran valor técnico y moral, informe que solo a retazos pudo conocer la opinión pública ante la airada protesta de las Juntas Militares que obligaron la renuncia de D. Antonio Maura. en marzo de 1922, sube al poder D. Jose Sanchez Guerra, que tenía la firme convicción de que era necesario sostener la autoridad civil contra las usurpaciones de poder a la Juntas de Defensa, nombre adoptado en flamante reto por las Juntas Militares.

Llegó a ser tan amenazador este movimiento, que el Rey hijo de él referencia en discurso pronunciado en Barcelona. El gobierno prohibió a los militares formar parte de asociaciones relacionadas con el servicio y así llegó al debate parlamentario sobre las responsabilidades de Marruecos.

La comisión encargada de estudiar el informe Picasso, presentó tres dictámenes; los miembros conservadores concluían que el desastre era debido a causas del dominio humano; los liberales que el gobierno en el poder, cuando el hecho se produjo, merecía censura; los socialistas, que había responsabilidades concretas atribuidas también a personas concretas. El debate puso de manifiesto que el asunto era demasiado explosivo para manejarlo el Parlamento, que en todo caso, procedió a derribar el Gobierno.

Y siguió otro de coalición de liberales y reformistas, que comenzó su labor presentando una enmienda constitucional ampliando el sentido existente de la tolerancia de cultos a la plena libertad de cultos. El clamor episcopal fue tremendo y produjo una crisis parcial por renuncia del ministro reformista Pedregal que ocupaba la cartera de hacienda. El gobierno, herido por la mano clerical en su mejilla, pudo volver tranquilo la otra mejilla, a las violentas caricias de la mano militar.

Se convocaron elecciones con notable mayoría gubernamental y aumento de la fracción socialista en el número de bancas en el Congreso. De los 7 diputados que elegía Madrid, cinco fueron socialistas.

La campaña de Marruecos entre tanto continuaba, porque el honor español exigía el sacrificio de su juventud y el derroche de su presupuesto. Los gastos militares en Marruecos, que en el periodo 1909-1913 había tenido un promedio anual de \$15 millones, llegaron a alcanzar en 1919-1923 los \$71.6 millones anuales.

Entre tanto el Tribunal Superior de Guerra y Marina había adoptado vigorosa actitud en el asunto de las responsabilidades y en el ejército ya empezaba a hablarse de dictadura.

Por qué una dictadura? Cuatro corrientes históricas convergían hacia ella. Los militares guiados por su temperamento profesional y por ello era natural que quisieran aplicar a la política la técnica cuartelera. Había en el temperamento nacional un fondo de opinión dictatorial táctico, contribuyendo a ello la inexperiencia de la opinión liberal, el mantenimiento de la campaña de responsabilidades que hacia unión sagrada de las partes amenazadas y en particular entre el ejército y la Corona y, por último, la inclinación natural del Rey, autor de la idea de un gobierno militar, cuando hablara de un gobierno de coroneles presididos por un general, idea que llegó a ser obsesión y que fue exteriorizada en discursos políticos, cuando atacaba la labor parlamentaria con singular dureza.

A principios de 1923, el gobierno decidió destituir al general Primo de Rivera, Capitán General de Cataluña, por su indisciplina y el Rey negó su refrendo al correspondiente decreto. El gobierno aceptó la humillación.

Alcalá Zamora, entonces Ministro de la Guerra, abogaba por una política de paz y negociación en Marruecos. Santiago Alba, Ministro de Gobierno, mantenía la tesis de acción bélica; en esta rivalidad el Rey se puso del lado de Alba, ganando así los lauros civiles mientras eliminaba del tablero la pieza que le impedía dar jaque mate al poder civil, con una dictadura militar. El General Aipuru, nuevo Ministro de la Guerra por la renuncia de Alcalá Zamora, probó que él no sería obstáculo para los planes contra la Constitución. García Prieto, jefe del gobierno, conocía movimientos de algunas guarniciones militares, pero nada informó sobre ello a los demás integrantes del gabinete ministerial.

Santiago Alba, desconocía que el golpe militar se preparaba para el 14 de setiembre de 1923, pero sabía que uno de sus organizadores era el General Martínez Anido y estaba en San Sebastián vigilándolo durante su estancia en esa ciudad como Ministro de Jornada que era. Sabía también Alba que en Zaragoza se había impreso un manifiesto y entonces presentó su dimisión el día 12 de setiembre, prefiriendo la protección de la frontera francesa a la que el Rey le aseguraba. Primo de Rivera decidió adelantar el golpe 24 horas. El gobierno llamó al Rey a Madrid con toda urgencia,

pero el Rey tardó en llegar pues al viajar por carretera hizo contacto con las guarniciones de San Sebastián, Burgos y Zaragoza. Llegó a Madrid el 14 de setiembre en la mañana. Las guarniciones de Barcelona y Zaragoza estaban en rebeldía y la de Valencia se mantenía leal al gobierno. Las demás guarniciones estaban pasivas, lo que demostraba que la sublevación no era unánime y que si el gobierno hubiera tenido audacia habría podido vencer el movimiento. La de Madrid solo obedecía al Rey. El gobierno sometió al monarca la destitución de los Capitanes Generales de Barcelona y de Zaragoza y Alfonso XIII solicitó tiempo para pensarlo y negó su firma al decreto. Dimitió el gobierno y el Rey aceptó la renuncia.

El monarca se convirtió en traidor. Como católico creyente hizo el sacrificio de su juramento sobre los evangelios; como Rey violó la palabra real.

Pero gobernar no es fácil para un Rey. Alfonso XIII hubiera deseado ser personalmente el dictador; intentaba gobernar con el ejército del que era jefe nato. Pero las cosas no estaban tan fáciles. Los generales rebeldes de Madrid opusieron objeciones tan vehementes al soberano, no obstante sus inclinaciones palatinas, que el Rey tuvo que anunciar a la prensa que el General Miguel Primo de Ribera y Orbanaje, quedaba encargado del gobierno.

El poder real quedó maltrecho : la autoridad real por el suelo. Quien era Primo de Rivera? El principio de su dictadura tuvo tendencia similar a la italiana. Corría un chiste por Madrid con motivo de la visita de Primo de Rivera a Roma: "Primo de Rivera ma secondo da Mussolini". Pero era solo un chiste, porque como buen general español, era tipo de pura tradición española y quería salvar al país gobernándolo. Ambición que en España no es solo militar, sino de todos los españoles. Como era Primo de Rivera? Son tantas las versiones que huelga repetir las. Trabajó con instinto de impulso. Su sistema era "confía en Dios y veremos". Su divisa Patria, Religión y Monarquía, por ese orden. Al compararlo con Mussolini encontramos que éste era un estadista y Primo de Rivera era solamente un hombre; aún suponiendo que su modelo consciente fuera Mussolini, su modelo inconsciente era Harun-al- Rachid, casi compatriota como buen andaluz. Primo de Rivera fue el buen sultán del que fluye la miel del buen gobierno. Sentado ante el pórtico de su palacio administraba justicia impulsiva y sumaria. Lo mismo firmaba un decreto concediendo centenares de millones para un programa naval, que escribía recompensando a dos pescadores por haber extraído de mar un raro ejemplar de tortuga o dedicando un superávit de 12 millones de pesetas para desempañar la ropa empeñada por las familias pobres del país .

Cerró las Cortes; de ellas desaparecieron automáticamente, de forma misteriosa, todos los documentos y legajos del expediente Picasso, verdadera razón y causa del golpe de estado borbónico.

Este vicio de origen fue la causa principal del fracaso de la dictadura. Pues obligó al Rey y al dictador a una política de estricta censura a la vez que corrompía a la dictadura en la atmósfera confinada en que se forzó a vivir; impidió el desarrollo de una opinión pública y de instituciones políticas que sustituyeran a las destruidas.

La dictadura se fundó en la fuerza no en la autoridad, con apoyo del ejército, favorable al partido clerical y a la iglesia, aristocrática y apegada a los grandes terratenientes, inclinándose a socialismo en Madrid y oponiéndose al sindicalismo de Barcelona.

Cavour dijo que "cualquier imbécil es capaz de gobernar con censura". Se prohibió toda libre discusión, nada podía imprimirse si no era favorable al gobierno. Al lado de la censura apoyaban al dictador el ejército, la iglesia y la alta industria; la gran fuerza socialista ocupaba actitud neutral que era, indirectamente, colaboración.

No tardó el Rey en darse cuenta de las consecuencias de su acto. En el régimen constitucional, los errores de los ministros recaían sobre ellos; los errores del dictador recaían sobre quien lo había escogido. Al disolver el dictador el congreso y el senado, ganó una batalla, pero la perdió el Rey.

El país tuvo algunos progresos. El dictador hizo un buen programa de construcción de carretera, progresaron los ferrocarriles en longitud, calidad y equipo. Se lanzó un empréstito por 3.538 millones de pesetas que en anualidades se dedicó a trabajos públicos en gran parte, en especial hidroeléctricos y de regadío en la zona aragonesa. Hubo paz impuesta por el Ministro de la Gobernación y el de Trabajo, hubo contratos de importación con jugosas prebendas con la National Telephone of Spain, hijuela de la International Telephone and Telegraph Corporation de New York; hizo el contrato del ferrocarril Santander-Mediterráneo y el Monopolio de Petróleos.

En su periodo se realizaron los sensacionales vuelos trasatlánticos a Buenos Aires y Filipinas. Se protegió la producción de carbón asturiano obligando a los ferrocarriles e industrias a consumirlo en un 40%. Se crearon nuevas industrias con protección y subsidio estatal. En este aspecto se llegó al paternalismo del Estado, tradicional en España desde la Edad Media y del que parecía haberse librado el país en el siglo XIX.

Donde innovó la dictadura con mas fortuna fue en materia social. Creó el Banco de Crédito Agrario; abolió la autonomía del Instituto de Reformas Sociales que pasó a ser dependencia del Ministerio de Trabajo. Organizó un sistema de corporaciones de patrón italiano.

En el campo militar, puso mano en la pacificación de Marruecos que representaba una sangría para el erario público y para la juventud española. su táctica de repliegue del ejército en tierras africanas motivó una glacial recepción por parte de los militares de Marruecos. Se nombró a si mismo Alto Comisionado de España en Marruecos y dirigió la retirada Xauen a Tetúan, disminuyendo con ello los gastos militares y permitiendo una repatriación de parte de las tropas.

En 1925 Abd-el-Krim, crecido ante la retirada española, atacó la zona francesa intranquilizando al Quai d'Orsay francés. Ello motivó lo que la diplomacia española no logró en años; una política de unión ante el enemigo común y Franco sintió de pronto la necesidad de cooperación entre las dos latinas hermanas, lo cual no impidió que antes hubiese armado fuertemente al rebelde Abd-el-Krim con armamento de procedencia francesa. Hasta el mariscal Petain fue enviado a Madrid con esa finalidad amistosa y obligado por la necesidad. Primo de Rivera logró el éxito brillante de Alhucemas y Abd-el-Krim, derrotado, se rindió a las tropas francesas que lo confinaron preso en Madagascar.

En política internacional, la dictadura fue poco afortunada. Su primer acto fue la visita de Alfonso XIII a Roma donde el monarca y el dictador expresaron su entusiasmo por el fascismo. El Rey pronunció ante el papa un discurso tan ultramontano que hubiera causado asombro a Carlos V y a Felipe II, el discurso que provocó no solo una fina y discreta réplica de Pio XI sino vehementes protestas por la intromisión en cuestiones eclesiásticas de Ibero América, que implicaba la petición de mas capelos cardenalicios para el clero de nuestros países de habla hispana. La segunda aventura internacional del dictador fue el Convenio de Tanger, que dio lugar a una solución, que España tuvo que aceptar sin entusiasmo, puesto que Inglaterra accedió a que Francia ocupara puesto prominente en su administración internacional. el capítulo mas honroso de la política exterior española de la época, fue con Portugal. también bajo dictadura militar. De estas cordiales relaciones España obtuvo el uso de las aguas fronterizas rio abajo del Tormes por 339.000 caballos de fuerza y Portugal en las aguas fronterizas rio arriba de su curso con 285.000 caballos.

En lo interno y en la política nacional, los peores ministros de la dictadura fueron los de Gobernación, Instrucción Pública y Justicia. El primero con sus medidas represivas, la intransigente censura, la violencia de sus actuaciones, el cierre del Ateneo de Madrid casa solariega de la cultura española, violación de la correspondencia, intervención de los teléfonos, encarcelamientos por millares. La oposición así reprimida se hizo revolucionaria y cayo en tierra fértil la semilla republicana. --

El gobierno olvidó el sentido de justicia y hubo un caso patético de ello, que retrata como era aplicada. En la frontera francesa, cerca de vera, hubo n tiroteo entre unos desconocidos y la Guardia Civil. Un paisano y dos guardias civiles murieron en refriega y el resto de los paisanos fue hecho prisionero. Fueron juzgados por un Consejo de Guerra, que los declaró inofenses. Se encarceló a los jueces militares y el fiscal fue destituido por no haber solicitado para los procesados la pena de muerte. El asunto pasó a un nuevo Consejo de Guerra, al que se presionó para que los acusados fueran condenados muerte; asi lo hizo el tribunal, los reos fueron ejecutados a excepción de uno que se anticipó a su obligado fin, suicidándose.

Miguel de Unamuno y Eduardo Ortega y Gasset, entonces exilados en Francia, denunciaron a la opinión mundial los hechos y demostraron que todo había sido preparado en el Ministerio de Gobernación, con participación de la policía, dándose el nombre del Comisario que para ello había llegado el día antes a Vera y la placa del automóvil que lo transportó. El capital del Cuerpo Carabineros Cueto, destacado en la frontera francesa, confirmó la denuncia y fue encarcelado. El ministro de Educación Pública para cuyo nombre y persona tengo la piedad del olvido, se llevó la palma en cuanto a desastrosa actuación y su absoluta supeditación al clero. Se impuso un libro de texto único, en pretexto de acabar con la indudable anarquía que en ello existía, el libro de texto impuesto como único explicaba la verdad ortodoxa según el Ministro, en materia de historia. Se multiplicaron los ataques a la liberal Junta de Ampliación de Estudios, institución que honra la pedagogía española.

El colmo del antagonismo fue la concesión a las universidades clericales de Deusto y El Escorial regentadas por jesuitas y agustinos respectivamente, el derecho a que los alumnos presentasen las pruebas de suficiencia de los exámenes finales de curso, ante tribunal integrado por dos profesores de la correspondiente universidad y uno tercero designado por el Ministerio de Instrucción Pública. Los estudiantes españoles, dirigidos por la FUE desde Madrid, se alzaron violentamente. El dictador cerró las universidades, pero los estudiantes mantuvieron su huelga con violencia y ardor. Cuando se abrió la Universidad de Madrid, fue encontrado decapitado el busto del Rey que presidía el paraninfo. Los estudiantes habían decapitado simbólicamente al monarca. Los estudiantes con ello se declararon enemigos de la majestad real y lo declararon en histórico manifiesto incompatible con la cultura.

Las autoras del hecho, dos madrileñas y una norteamericana, estudiantes de la Facultad de Filosofía fueron encarceladas y juzgadas; de su defensa se encargó el conocido penalista Luis Jimenez de Azúa. Una de ellas, Carmen Caamaño formó parte del grupo de estudiantes que, en 1933, visitamos Costa Rica.

Entre tanto, los dirigentes de la FUE se mantenían en prisión, pero automáticamente, por el sistema de triangulación, eran sustituidos por otros dirigentes, pasivos hasta ese momento que les correspondiera entrar en acción y la huelga se mantenía inalterable. Surgió la resistencia pasiva a la dictadura. Los militares estaban preocupados por la situación ambigua en que se encontraban ante el país, con su apoyo a tal cadena de desafueros y desaciertos. La banca, la industrial y el comercio, se dieron cuenta de la grave situación financiera, ante la brusca baja de la peseta en el mercado internacional. Todo parecía preparado para un cambio de régimen. La reacción monárquica fue la del patrono que despide a la doméstica; exigió la renuncia a Primo de Rivera a finales de enero 1930. Ya tenía todo preparado para el futuro.

El General Dámaso Berenguer, el más civil de los generales, jefe de la Casa Militar del Rey, se hizo cargo de la Presidencia del Consejo. Señuelo para los intelectuales y los estudiantes fue la designación del Duque de Alba en Instrucción Pública. Formé parte de la comisión de estudiantes que le visitó en el Palacio de Liria para discutir las condiciones de los estudiantes para cesar su estado de huelga, todas las cuales fueron aceptadas. Por cierto como dato anecdótico, dada la importancia de la reunión, nos recibió por la urgencia de la entrevista, en su cuarto de baño y disfrutando dentro de su tina de las caricias de perfumadas y tibias aguas.

Pero si la huelga de los estudiante había terminado, el espíritu de revuelta, de protesta y de indignación, seguía en ellas latente. Y se prepararon para el asalto final. Derribar a la Monarquía porque en ella estaba el verdadero enemigo de la libertad española. Entre tanto, dos meses después, Primo de Rivera moría en París enfermo y abandonado de todos en un modesto alojamiento.

El General Berenguer buscaba alianza en el tiempo. El desastre de la peseta aumenta y los doctores de la política se dividen entre los que desean volver al ayer y los que piden Cortes Constituyentes. Pero nadie organiza nada.

Hasta los republicanos continuaban confiados y dormidos. Lo que en el fondo se debate es la responsabilidad del Rey. Pero el gobierno no acepta el diálogo porque el Rey, de ascendencia divina, es irresponsable. Olvidan que lo que se debate es la responsabilidad del Rey en su irresponsabilidad. Y la oposición civil se hace militar.

Veamos la situación en 1930. Dictadura caída, monarquía desacreditada. La dictadura quiso justificar su llegada porque venía a arreglar una situación caótica y dejó al país en igual o peor condición de cómo lo encontró. La alta banca y el alto comercio se agarran como lapas a las maneras fáciles de hacer fortuna. La aristocracia, salvo honrosas excepciones, se dedica a imitaciones pueriles de la plutocracia cosmopolita. Los intelectuales, también con honrosas excepciones, se aíslan de la opinión y lo que es peor se aíslan unos de otros.

Entre tanto España desciende en su jerarquía internacional. Pero hay síntomas de una evolución favorable. Se observan cambios también en la mujer que empieza a emanciparse y a mostrar preocupación por la cosa pública. Ya en gran número acude a las universidades y se incorpora al ejercicio de las profesiones liberales.

Ya los intelectuales españoles habían cruzado los límites de las fronteras. Galdós, Ibañez, Menéndez Pidal, Valle Inclán, Azorín, Ortega y Gasset, Manuel de Falla, Zuloaga y Picasso, Ramón Menéndez Pidal eran conocidos y respetados en Europa. Hay porvenir porque hay vitalidad.

Y entremos en la época previa. En la etapa final de la monarquía. Decía el Conde Keiserling filósofo y escritor alemán, fallecido en 1946 y creador de la escuela filosófica de influencia oriental sobre España. "Es seguro que la sustancia esencial de España es capaz de encarnar en las formas dictadas por las condiciones modernas. Así lo harán sin duda alguna. Pero este proceso, si se desarrolla sin estorbo, tomará el aspecto de una diferenciación y modelación de algo que es siempre lo mismo y no como un cambio de forma. Siempre ha sido el mismo español. El español que en tiempos primitivos creó los soberbios monumentos murales; el que como emperador romano gobernó mas de una vez al mundo; el que conquistó un nuevo mundo; el que pintó los grandes retratos; el que luchó por la fe y el que otra vez hoy, por los labios de Miguel de Unamuno proclama con magnífica parcialidad el evangelio de la tragedia y la agonía. Y su consideramos que hay muy pocos pueblos que hayan pasado por tantos cambios raciales como los de la península ibérica, nos vemos obligados a preguntarnos; no es el cambio siempre, el último término, algo externo? El mas alto significado de España por una Europa que tanto gusta del cambio, es el ser modelo de sustancia esencial. De todos modos España no tiene otro porvenir europeo que el de sustancia hecha realidad. Por algo el nuevo resurgir de España, pues es evidente que vuelve a resurgir, empieza a cerrarse la era del proceso. Sea por siempre en esencia, lo que siempre ha sido."

Al comenzar el año 1930 la monarquía española estaba en peligro mortal. Olvidando toda prudencia, el Rey se había echado al ruedo de la política tomando partido en la lucha diaria de sectas y opiniones. Ya era imposible el equipo de los políticos--bastante desguarnecido por la deslealtad que hacia ellos había tenido--seguir cubriendo con discreto silencio la regia irresponsabilidad.

Era notorio que el golpe de estado que ascendió al poder a Primo de Rivera se había fraguado en palacio. Era conocido que cuando los Presidentes del Congreso y Senado habían acudido a palacio a recordar al soberano su obligación constitucional de convocar a Cortes en el plazo de tres meses, el monarca les había recibido de pié y despedido en menos de 5 minutos sin contestar. Y ello le había hecho responsable de violación de la constitución. Todos los actos posteriores recaían en él.

Los políticos que en el pasado le habían seguido, ya lo habían abandonado. Unos declarándose abiertamente enemigos del Rey. Alcalá Zamora había ingresado en el campo republicano y hecho, en unión de Miguel Maura, hijo de Antonio Maura, un llamamiento a los elementos moderados católicos y conservadores para que se pasasen a la República. Y en julio de 1930 nació el nuevo partido.

Los socialistas que bajo la dirección de Francisco Largo Caballero se habían avenido a colaborar con la dictadura, viraron en redondo colocándose en la oposición. Nunca se había extendido tantas leguas españolas el republicanismo. Mientras el primer ministro vacilaba, el Comité Central Revolucionario, ya integrado, preparaba el golpe contando con el apoyo de la clase obrera y de un importante sector del ejército y decidió el golpe de Jaca para el 30 de noviembre de 1930. Esa era la fecha para la proclamación de la República por medio de un movimiento revolucionario. Pero entonces, como tantas veces en España, la extrema izquierda, traicionó a la izquierda; esta es la ley general de la política española. Dos oficiales del ejército de filiación marxista, se alzaron en Jaca el día 12 de diciembre. El comité revolucionario había enviado a Santiago Casares Quiroga para que aplazasen 3 días el levantamiento. Fue en vano. Galán y García Hernández, dos tenientes se lanzaron a una empresa desesperada secundados por el puñado de soldados a sus ordenes en la guarnición de Jaca. Las tropas leales sofocaron fácilmente la revuelta. Fermín Galán y García Hernández fueron juzgados y fusilados. El Comité Revolucionario encarcelado. Unos cuantos pilotos jóvenes del cuerpo de aviación militar volaron sobre Madrid salpicándolo de hojas revolucionarias. Su jefe era un aviador que había hecho el vuelo trasatlántico a Buenos Aires. Ramón Franco Bahamonde. Tenía un hermano, también, militar de más edad, mas cauteloso, que sabía esperar.

El general Berenguer comprendió que su táctica de dar tiempo al tiempo no servía de nada. Ya no podía aplazar por mas tiempo la convocatoria a elecciones a Cortes. Pero cómo hacerla con censura? Evadió el dilema aplazando la medida de levantar la censura a 20 días antes de la celebración de las elecciones. Los partidos antimonárquicos anunciaron la lucha y también adaptaron idéntica posición. El general Berenguer abandonó la lucha y se retiró del poder. Y se vió el extraño espectáculo de un monarca, como nuevo Diógenes, buscando sus ministros sin saber donde encontrarlos; incluso recurrió a la cárcel para ofrecer el Gobierno al Comité Revolucionario que rechazó tan insólita propuesta.

Tras algunos forcejeos consiguió formar gabinete bajo la presidencia del almirante Aznar. Parece como que los almirantes fuesen el último recurso en la política y viniesen a encargarse del navío del Estado cuando se encontraba a punto de zozobrar.

El ingenioso Conde de Romanones, ministro de estado del nuevo gobierno, consideró que había que convocar a tres elecciones sucesivas; primero municipales; después a diputados provinciales y por último a integrantes de las Cortes. En circunstancias menos graves para la monarquía, es posible que esta idea hubiera bastado para salir del atolladero, pero las cosas habían llegado a tal punto que lo único que hizo fue precipitar la caída dramática de la monarquía.

Los partidos que se habían tenado a tomar parte en las elecciones, mientras durase el amordazamiento a la prensa, dándose cuanta de que con mordaza o sin mordaza la opinión era suya, dejaron de lado sus objeciones alegando que dado la índole administrativa de los municipios, no era impedimento la situación. Sacudió entonces al país una ola revolucionaria.

El gobierno volvió a cerrar las universidades, recurso de todos los gobiernos débiles, pero los estudiantes y los profesores decidieron seguir las clases en edificios particulares. Tres prohombres de la intelectualidad española, José Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala y Gregorio Marañón, fundaron entonces el grupo Al Servicio de la República.

En marzo 1931 el Tribunal Supremo de Guerra y Marina, celebró vista para juzgar al Comité Central Revolucionario. Los defensores alegaron que no era posible acusar de rebelión al comité porque, violada la Constitución por el Rey, ni quedaba constitución ni quedaba Rey. Varios de los jueces, entre ellos el presidente, votaron por la absolución; la mayoría condenó a los encausados a seis meses de prisión que habían cumplido holgadamente y fueron liberados. A su salida de la Cárcel Modelo de Madrid, el pueblo los recibió con significativa ovación.

Llegó el 12 de abril y España eligió sus concejales. Fueron unas elecciones en su historia por el orden, la asistencia a la votación, abstención absoluta de presión gubernamental. Con la única excepción de Cádiz, todas las provincias y sus capitales votaron por los candidatos antimonárquicos. La opinión reclamó las medidas inmediatas en armonía con el inesperado plebiscito. El 13 de abril el Dr. Gregorio Marañón en contacto estrecho con gobierno y comité revolucionario, visitó al Conde de Romanones y le informó de los peligros de cualquier aplazamiento. El veterano estadista fue a ver al Sr. Alcalá Zamora, su antiguo pasante en el bufete profesional de abogado y negoció con él el cambio de régimen.

El 14 de abril de 1931 los ayuntamientos de Barcelona, Oviedo, Sevilla, Valencia y otras ciudades proclamaron la República. Insistía el Sr. Alcalá Zamora en la necesidad de que el Rey abdicara y saliese de palacio antes del anochecer para evitar el derramamiento de sangre si el pueblo sospechaba algún engaño. El paso decisivo lo dio el General Sanjurjo, entonces Director General de la Guardia Civil y cómplice antes de la conspiración de Primo de Rivera, al dar a entender al Rey la gravedad de la situación y declararse por el régimen republicano. Don Alfonso abdicó y salió en automóvil para Cartagena donde un navío de guerra lo transportó al extranjero dejando atrás un pueblo que no volvería a ver jamás y una familia abandonada y expuesta, quizás, a la indignación popular. Pero nada le importó.

La multitud se apiñaba en la Plaza de Oriente, ebria de alegría. Unos 25 húsares discretamente apostados en el patio o otros tantos alabarderos se paseaban atontados por los corredores reales, era la fuerza que defendía a la familia real, Pero no había que defenderla. Las voces que salían de la multitud estacionada frente al Palacio eran gritos que no eran de muerte, sino de viva esto y lo otro. La gente de palacio llamó al Ministro de la Gobernación Miguel Maura y le solicitó por teléfono alguna custodia. Y esta llegó en la persona de estudiantes y obreros que con brazalete rojo formaron línea frente a palacio haciendo valla con sus cuerpos y diciendo con voz serena, tranquila y firme a las gentes "Ciudadanos, un poco hacia atrás". Y eran obedecidas estas milicias de ciudadanos que sin armas obtenían respeto. Todo entró en calma y el pueblo se dispersó. Al anochecer desfilaron por calles y avenidas con alegría. La vigilancia externa.....

continuó toda la noche. Dentro del palacio solo quedaban algunos alabarderos y algunas azafatas, pues las damas de servicio habían huido, era toda la ayuda que tenía la Reina Victoria Eugenia y sus hijos los infantes, pues el Príncipe de Asturias con su abuela María Cristina vivían en el Pardo.

Me correspondió el mando de esta guardia de 2 a 6 de la mañana del día 15 de abril; por dos veces entré a preguntar a la Reina Victoria si algo necesitaba; siempre en todo mesurado y de gran dama medió las gracias. En la mañana del día 15 abandonaron el palacio para marchar a Aranjuez donde un tren les conduciría a la frontera francesa. Solo un político español acudió a despedirlos. el leal Conde de Romanones.

Hago hincapié en esta descripción de la seguridad real, reconocida por el monárquico diario ABC, para contestar el intento de calumnia hacia el pueblo de Madrid de alguna prensa extranjera que lo presentó como sediento de sangre real, aullando muerte, según los textos. El pueblo de Madrid se portó con la Reina del modo más caballeroso.

Y llegó al mundo la "Niña Bonita" como la llamaban los republicanos románticos a la República de 1873. Nació bella, llena de esperanzado futuro, pero nació enferma, débil, porque en su parto no hubo dolor ni sangre. España estaba en aquellos días rebosante de alegría, alegría espontánea espontánea, de primavera. España había demostrado al mundo como, una de las monarquías seculares, caía al primer golpe del hacha mortal de la democracia sin que se rompiera en todo el país un solo cristal. Bien había merecido la República, por su llegada sonriente y apacible, el nombre que sus fieles conspiradores le daban cariñosamente durante todo el siglo XIX. La Niña Bonita.

Pero debajo del alborozo rondaba el alma de algunos republicanos no poco asombro. Sería posible? Era España una República como aquel maravilloso triunfo parecía indicar? Y los que sentían bastante libres de espíritu para observar las cosas sin compromiso público o de clase, sin temor a perder situación o propiedad, no dejaban de ver en la victoria inesperada de la República síntomas de ser debida a una ola de pasión política más que a convicción bien sentada en el ánimo nacional.

El propio plebiscito de las elecciones municipales, se había interpretado por unos y otros como una victoria republicana, incluso en el Palacio Real, pero distaba mucho de serlo. Las cifras en los concejales elegidos eran:

Republicanos	34,368
Socialistas	4.813
Comunistas	67
Total de cifras antimonárquicas	39.248
Monárquicos	41.224

Fijense bien en estas cifras. En un volumen de 80.472 concejales elegidos en todo el país, solamente 67 comunistas. Es cifra a recordar en el futuro.

El resultado, en una palabra, nos dice que anti-monarquismo y monarquismo venían a tener un número de partidarios muy similar. El análisis objetivo del sistema electoral de la monarquía, no ya en el papel, sino en la realidad de los hechos, obligaría a transformar el superávit monárquico del 3% aproximadamente, en un déficit del 20%. Pero aun así no parece justo imaginar que el 14 de abril tenía la monarquía una fuerza electoral inferior al 40%. Los hechos iban a confirmar pronto que no era republicano el triunfo. Basta para ello analizar el mapa político de España en la primavera de 1931.

La clase obrera había votado la lista combinada de izquierda que comprendía a republicanos y socialistas, es decir liberales de clase media. Los trabajadores de la UGT (socialista) votaron por sus candidatos, pero los anarco sindicalista de la CNT votaron por los republicanos.

Esto se explica por dos razones: la rivalidad que siempre ha separado a socialistas de sindicalistas en su ambición de absorber a todo el movimiento obrero en un credo y el hecho de que los anarco-sindicalistas por haber predicado siempre su desprecio a la acción política y al voto, carecían de mecanismo electoral, de modo que cuando se decidieron a votar lo que hicieron fue contribuir a expulsar a la monarquía por lo que dieron su voto a los republicanos de clase media, con cuyas opiniones liberales se sentían, como libertarios, mas en armonía que con las ideas dogmáticas y autoritarias del marxismo.

Este es un punto sobre el que se debe insistir. Al nutrir los votos de los republicanos de la clase media, los sindicalistas contribuyeron a hacer suyas, en el mapa político de la República ciertas organizaciones de carácter híbrido y de crecimiento anormal (como el partido Radical Socialista) sin base autónoma real y por lo tanto se sintieron inclinados a cultivar con una actitud demagógica su precaria hueste electoral.

Es evidente que una formación marxista de carácter político pudo y debió ser uno de las mas solidos cimientos de la República, pero el partido socialista estaba hondamente dividido. Dos de sus tres adalides Indalecio Prieto y Julián Besteiro, eran partidarios de una acción evolutiva en cordial colaboración con los republicanos sinceramente deseosos de progreso social. como Manuel Azaña. Pero el tercero, Largo Caballero, arrojando a los cuatro vientos en la ancianidad toda la prudencia política de que había hecho gala en la edad madura, llevaba a las juventudes socialistas hacia una revolución proletaria. Es rasgo característico de este periodo de la historia de España que los socialistas, en particular los de Largo Caballero, siempre se negaron explícitamente a llamarse republicanos, actitud que hubiera sido incomprensible, por ejemplo a León Blum.

La base de la República era el sector de opinión que encarnaba Manuel Azaña. Aunque su partido, Acción Republicana, no dejaba, claro está, de arrastrar alguna escoria, era sin duda en su conjunto

el más competente, inteligente, honesto y de mejor deseo en la clase media, el único partido burgués bastante progresivo para desear en verdad llevar a España hacia una nueva era y bastante conservador para intentarlo con eficacia. No dejan de aplicarse todas estas consideraciones al partido de los católicos moderados que dirigieron algún tiempo D. Aniceto Alcalá Zamora y D. Miguel Maura, pero este partido no tuvo nunca fuerza bastante para atraer a la masa católica española y por consiguiente no pudo actuar como una fuerza renovadora del país.

El partido Acción Republicana ocupaba una posición central, amenazada a la vez por la derecha y por la izquierda; desde este lado el ala revolucionaria del grupo socialista de Largo Caballero, por la derecha el partido republicano radical de Alejandro Lerroux, toda una extrema derecha donde una masa confusa se había apilonado la paleta política, de numerosos matices de la monarquía.

El partido radical era un organismo político curioso. Sus raíces eran honorables y por algo de sus veteranos, iban a ligarse con aquellos libre pensadores y francmasones virtuosos, éticos y anticlericales, algunas veces ateos y otras deístas que vemos desfilar y conspirar en los Episodios Nacionales de Pérez Galdós, contra todas las tiranías, del Rey o del Papa, porque la tiranía del patrón o capitalista no era todavía una cosa vivaz en aquellos tiempos.

El partido radical había heredado de aquella época pintoresca, cierta popularidad entre los sectores de opinión anticlerical, cierta elocuencia y no poca vacía retórica en su doctrina. Por otra parte, como la mayoría de los partidarios de su programa se habían ido vaciando poco a poco de contenido a medida que la monarquía iba adoptando reformas progresivas, las pocas que hizo, y a medida que los dos movimientos obrero presentaban demandas de mas sustancia ante la opinión, el partido radical se había acostumbrado a una especie de oposición de pura fórmula, llegando a ser como un león domesticado en los jardines de la monarquía. Su caudillo Alejandro Lerroux, el emperador del Paralelo barcelonés, rugía a las mis maravillas y siempre a tono.

Al caer la monarquía, el partido radical vino a ser el refugio de monárquicos inconsolables de la izquierda y paño de lagrimas de republicanos apocados de la derecha, medias tintas políticas que estaban dispuestas a avanzar "ma non troppo". Desmoralizado por un largo periodo de oposición nominal, el partido radical no pudo servir a la República como lo hubiera hecho si el cambio de régimen hubiera ocurrido años antes. Ello no obstante, el partido radical con todos sus defectos y flaquezas, constituía una fuerza sinceramente progresista y en su entraña habían permanecido incólumes sus sentimientos democráticos. Basta para afirmarlo el hecho de que cuando el Sr. Lerroux entró en alianza con la derecha, se separó del partido radical un importante sector dirigido por D. Diego Martínez Barrios, que, con otra evolución política de la República, pudo haber bastado para salvar al partido radical y a la República con él.

A su derecha, Don Aniceto Alcalá Zamora y Don Miguel Maura, habían constituido el partido Progresista de los católicos de izquierda, partido que pudo haber colaborado con el de Acción Republicana y a veces lo hizo, pero que no consiguió salvar del abismo que lo separaba del anticlericalismo de Azaña. En realidad el fondo de la masa católica española, cuando es de verdad militante, es reaccionaria y así todos los partidos a la derecha del radical y del progresista encarnaban tendencias francamente retrógradas, defendiendo intereses materiales agrarios, industriales o financieros o tradicionalismo clerical. Por paradójico que parezca, quizá hubiera en este sector más progresistas entre los que se declaraban monárquicos que los que no tenían inconveniente en pasar a la República, con tal de que les respetasen sus intereses.

Queda pues claro el cuadro. La República y el país se hallaban frente a dos alternativas: o bien se constituía un cuerpo central de acción política uniendo a los socialistas moderados con los republicanos sinceramente deseosos de progreso social para consolidar el régimen y defenderlo contra los peligros que la amenazaban por la derecha y por la izquierda, o bien los grupos políticos diversos que hubieran podido constituir el cuerpo central se revelaban incapaces de unión y gravitaban cada uno en su dirección frente a sus tendencias naturales. En el primer caso, la República hubiera podido seguir un rumbo difícil, pero quizá seguro, entre los dos extremos que la amenazaban; en el segundo, puesto que no quedaban más que los dos extremos, la guerra civil era inevitable.

Dejo para un próximo día hablar del desarrollo de la política republicana, de sus aciertos y fatales errores.

Por hoy basta, muchas gracias por su asistencia y atención.

P 16 de 16